

(2005). Actualmente, se hacen viajes periódicos a otras ciudades, preparando el futuro comienzo estable de la labor, como Piracicaba y Sorocaba (Estado de São Paulo) y a algunas capitales de estados, como Goiânia, Florianópolis, Recife y Fortaleza.

Con el aliento de san Josemaría, se pusieron en marcha muchas iniciativas culturales y de inserción social, de entre las cuales se pueden destacar el *Centro Social Morro Velho*, que desde 1969 organiza cursos diversos para la mejora social y profesional de mujeres de barrios periféricos; las escuelas de Hostelería Casa do Moinho, en São Paulo, y Pinhais, en Curitiba, que ofrecen certificados oficiales en el sector de hostelería; el Centro de Capacitación Profesional Veleiros, una escuela técnica de enfermería para chicas de los suburbios de São Paulo; y el Centro Cultural y Asistencial de Pedreira, que empezó sus actividades en 1984: se trata de una escuela de formación profesional para jóvenes, situada en un barrio de clases menos favorecidas en la periferia de la ciudad de São Paulo. Cuando se cumplieron veinticinco años del inicio de esta escuela, ya pasaban de cinco mil los estudiantes que habían concluido una carrera que les permitiera asumir trabajos profesionales de buen nivel.

San Josemaría también animó a los promotores del entonces Centro de Extensión Universitaria, fundado en 1972. Actualmente denominado Instituto Internacional de Ciencias Sociales, promueve cursos de extensión y posgrado con un perfil dirigido a la formación integral de los profesionales del área de Derecho, Ciencias de la Salud, Comunicación, Humanidades y Educación.

En 2002, año del centenario del nacimiento de san Josemaría, la Empresa Brasileña de Correos y Telégrafos lanzó un sello conmemorativo: el perfil del busto de san Josemaría, cuyo fondo era la Basílica de Nuestra Señora Aparecida, y la siguiente leyenda, resumen de palabras de san

Josemaría antes transcritas: “¡El Brasil! Una madre grande, que abre los brazos a todos y a todos llama hijos”.

Voces relacionadas: Catequesis, Labor y viajes de.

Bibliografía: AVP, III, pp. 350-365, 694-709; Francisco FAUS, *São Josemaria Escrivá no Brasil*, São Paulo, Quadrante, 2007; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1991.

Maria Theresinha DEGANI

BURGOS

1. Motivos, duración y circunstancias. 2. “Ver a los nuestros”. 3. Con obispos, sacerdotes y religiosos. 4. Trabajos de redacción. 5. Circunstancias físicas y espirituales. 6. Preparando nuevos tiempos.

San Josemaría residió en Burgos desde enero de 1938 a marzo de 1939. Fueron unos meses intensos en los que el fundador del Opus Dei dio nuevo impulso al apostolado, y a la preparación y publicación del más conocido de sus escritos, *Camino*.

1. Motivos, duración y circunstancias

Llegado en diciembre de 1937 a la zona de España en la que disponía de libertad para reorganizar el apostolado, san Josemaría debió decidir en qué ciudad instalarse para retomar la labor apostólica que la Guerra Civil española había interrumpido casi por completo. Lo hizo primero en Pamplona de forma provisional, pero pronto cambió en razón de las circunstancias del momento. El único de los fieles del Opus Dei que le acompañaban, ajeno a obligaciones militares, José María Albareda, fue destinado a Burgos como catedrático de Instituto. Otros dos tenían allí su destino militar, y era de suponer que la ciudad castellana, capital de la zona nacional y situada en el centro-norte penin-

sular, pudiera servir como lugar estratégico de encuentro. En un retiro espiritual realizado en Pamplona en diciembre de 1937, el fundador concretó un plan de trabajo que puso bajo el lema “trabajar sin ruido”: “1) Ver a los nuestros. 2) Estar dispuesto a acudir a ellos, donde sea, inmediatamente que me llamen. 3) Discreta relación epistolar. 4) Apeadero: lugar de refugio, para todos. 5) Reducidas tandas de ejercicios. 6) Proselitismo con estudiantes soldados. 7) Catedráticos que colaboren. 8) Tesis de Derecho. 9) Libros: biblioteca. 10) Encargar trabajo a nuestros soldados”. Al final se pregunta: “¿Los nºs 4 y 5, en Burgos?” (CECH, pp. 62-63). El 24 de diciembre de 1937 la decisión estaba tomada: irían a Burgos y allí establecerían la sede provisional de un Centro de la Obra.

José María Albareda llegó a la ciudad el 2 de enero y se instaló en una pensión en la calle Santa Clara, 51. La cuestión de la vivienda presentaba serias dificultades: la ciudad había duplicado su población a causa de la guerra y era muy difícil conseguir un alojamiento adecuado que permitiera cierta independencia. San Josemaría llegó el día 8 a la ciudad y se hospedó en la misma pensión. Allí permanecieron –junto con Francisco Botella, destinado a finales de enero a la misma ciudad– hasta el 29 de marzo en que se trasladaron al Hotel Sabadell, un lugar también con grandes limitaciones, pero que les permitía un poco más de independencia y ofrecía algo más de espacio, ya que ese mes fue también destinado a Burgos Pedro Casciaro. En octubre se les unieron, aunque residiendo en su destino militar, Álvaro del Portillo y Vicente Rodríguez Casado. El 13 de diciembre cambiaron el hotel por una pensión, en el tercer piso de la calle Concepción, 9. La razón fue que en esa fecha ya sólo pernoctaban dos en el hotel y el propietario, sin preguntarles, alquilaba las otras dos camas de la habitación a otros clientes. San Josemaría abandonó Burgos el 28 de marzo de 1939 para dirigirse a Ma-

drid, recién liberada, donde entró con los primeros transportes ese mismo día.

En Burgos transcurrieron, pues, los quince meses de la guerra en los que san Josemaría disfrutó de libertad para ejercer su tarea pastoral. Las circunstancias eran muy difíciles, tanto las generales –un país en guerra civil, con una fuerte persecución religiosa en uno de los bandos– como las particulares del Opus Dei: todos los medios materiales perdidos, los que participaban en la labor apostólica dispersos –en paradero desconocido muchos de ellos, algunos muertos– y los planes de expansión cancelados.

2. “Ver a los nuestros”

El primer objetivo de san Josemaría en Burgos fue mantener o reanudar el contacto con los que participaban en la labor apostólica del Opus Dei antes de la guerra. La tarea requirió grandes dosis de paciencia y espíritu de sacrificio, y la realizó a base de un intenso intercambio epistolar y numerosos viajes. Los desplazamientos fueron especialmente frecuentes hasta el otoño de 1938, en que puede considerarse que había conseguido su objetivo.

Al mismo tiempo tenía por prioridad mantener vías de comunicación abiertas con los que permanecían en Madrid, su madre y hermanos entre ellos, y en otros lugares de la zona bajo persecución religiosa. Lo consiguió mediante cartas que se remitían a Francia, desde donde eran reenviadas a Madrid. Intentó también enviarles ayuda material, comida, etc., para aliviar su penuria.

En definitiva, el primer quehacer fue mantener unidos a quienes participaban de la labor que venía desarrollando. La forzosa dispersión hizo que les insistiera en que no estaban solos, sino que podían vivir entre ellos “cada día, con especial interés, una particular Comunión de los Santos”, como escribió en la primera “Carta circular”, redactada en Burgos con fecha 9 de

enero de 1938. Él siempre fue por delante en la tarea, rezando por cada uno y actuando con una disponibilidad absoluta, cumpliendo así a la letra el segundo punto de su plan de trabajo. La abundante actividad epistolar, el punto tercero, da testimonio de la intensidad de este empeño.

San Josemaría no se conformó con recuperar o mantener lo que hasta entonces se había logrado. Con arraigada fe siguió trabajando por la expansión de la labor del Opus Dei, con independencia de las difíciles circunstancias que vivían. Ese fortalecimiento pasaba por hacer más intensa y profunda la vida de trato con Dios de los que se habían incorporado al Opus Dei, por alimentar en ellos sueños de expansión y también por animarles a mejorar su preparación humana, aprovechando el tiempo para estudiar –casi todos eran estudiantes– y para prestar servicios a los demás, especialmente de índole espiritual.

Entre las iniciativas para apoyarles estuvo una circular traducida a diversas lenguas –francés, inglés, alemán, polaco, italiano...– en la que pedía libros a personas e instituciones extranjeras. San Josemaría procuraba hacer llegar pequeños diccionarios a los que estaban en el frente, para ayudarles a aprovechar el tiempo estudiando idiomas. En definitiva, para retomar la actividad apostólica, en tiempos de grave crisis que parecían llamar a la supervivencia en los frentes o al activismo organizativo en retaguardia, pensó en cómo ayudar a todos a estudiar, aunque las universidades estuvieran cerradas. Parece muy significativa esta actuación, que confirma hasta qué punto consideraba el fundador que el trabajo y la formación sólida eran elementos fundamentales de la tarea del Opus Dei. El trato con profesores universitarios que colaboraran con su labor de apostolado recibió también un importante impulso en Burgos, donde frecuentó a algunos conocidos de Madrid y a otros que éstos le presentaron.

3. Con obispos, sacerdotes y religiosos

Una de las primeras cosas que hizo desde Burgos fue escribir a Mons. Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, que residía entonces en Vigo, y a su vicario general, Francisco Morán. Otra importante tarea que realizó fue dar a conocer la Obra a los obispos de las diócesis por las que pasó, a los que acudía a solicitar licencias ministeriales. En este aspecto estaba poniendo también las bases para una futura expansión del Opus Dei cuando se recuperara la paz: la tarea entre los miembros de la jerarquía era importante y no siempre fácil, ya que el Opus Dei constituía entonces una novedad para bastantes obispos. Fueron muchas sin embargo las muestras de cariño recibidas. Del obispo de Ávila, Mons. Santos Moro, por ejemplo, escribe: “lo entiende todo” (AVP, II, p. 257), y del de León, anota con motivo del envío de un presente por su consagración episcopal: “El regalo es modesto, pero simpático. Además él se lo merece, ...aunque no nos comprenda ¡por ahora!” (AVP, II, p. 298). Además, mantuvo un asiduo trato de amistad con otros sacerdotes que visitó o le visitaron cuando pasaban por Burgos, algunos de ellos promovidos al episcopado años más tarde. Entre los que encontró en Burgos estaba el religioso cuyas huellas en la nieve le habían conmovido en Logroño, y que fuera allí confesor suyo: el carmelita descalzo P. José Miguel de la Virgen del Carmen, entonces Prior de la Comunidad de Burgos.

Su intensa dedicación al Opus Dei no le impidió, al contrario, prestar servicios importantes a otras instituciones. Visitó a las Teresianas de san Pedro Poveda, amigo suyo fusilado en Madrid al comienzo de la guerra y, de acuerdo con su directora general, Josefa Segovia, ayudó a preparar un plan para su atención espiritual. Predicó en actos organizados por diversas entidades religiosas, y dos tandas de ejercicios espirituales en Vitoria por encargo del obispo, Mons. Lauzurica: una para las

religiosas que atendían el palacio episcopal, y otra para los seminaristas.

4. Trabajos de redacción

A todo esto añadió san Josemaría su trabajo personal en dos proyectos que requerían concentración y empeño. El primero era la redacción de su tesis doctoral en Derecho. La guerra había destruido el trabajo que había desarrollado en años anteriores para su primer proyecto de tesis. El sacerdote decidió cambiar de tema y se ocupó de estudiar la jurisdicción de la Abadesa de Las Huelgas Reales, monasterio situado a las afueras de Burgos. Allí se aplicó, en el Contador bajo, con los documentos que le proporcionaban las religiosas. Cuando san Josemaría conoció en junio que don Eloy Montero, catedrático de Derecho Canónico en la Universidad de Madrid, había llegado a la zona nacional, se puso en contacto con él. Montero aprobó su nuevo tema de tesis y revisó una primera memoria en el verano de 1938. Corregido y completado con una nueva investigación, fue la base del trabajo que defendió como tesis doctoral en diciembre de 1939 en Madrid: *Estudio histórico canónico de la jurisdicción eclesiástica "Nullius dioecesis" de la Abadesa del Monasterio de Las Huelgas, Burgos* (cfr. RODRÍGUEZ, 2008, p. 77).

El segundo proyecto fue la preparación de dos libros: una nueva versión corregida y ampliada de *Consideraciones espirituales* y un devocionario litúrgico. El segundo no llegó a terminarlo; el primero, en cambio, le ocupó buena parte de su tiempo en los meses finales de 1938 y lo terminó en enero de 1939. Apareció meses más tarde bajo el nuevo título de *Camino*. El estudio histórico-crítico de Pedro Rodríguez acerca de esta redacción ofrece numerosos y valiosos detalles sobre el proceso de dicha redacción y sobre la vida de san Josemaría en Burgos en esos meses. Baste aquí destacar que la frecuente correspondencia

de entonces sirvió de fuente para algunos puntos añadidos al libro en ese año.

5. Circunstancias físicas y espirituales

Durante estos meses san Josemaría vivió algunas circunstancias difíciles de salud que inquietaron a quienes le acompañaban: una afección de garganta le provocó afonías, fiebre y hemoptisis a veces frecuentes e intensas que hicieron temer que se tratara de una tuberculosis. Personalmente aquello no le preocupaba, es más, lo vivía como una purificación, pero le inquietaba el hecho de que –si hubiera sido un mal infeccioso– le habría impedido continuar con su labor apostólica. Las consultas médicas terminaron en un diagnóstico de faringitis crónica que siguió siendo causa de molestias. Sobre esto escribía a Juan Jiménez Vargas, hijo suyo y médico: “Estos chicos –se refería a los que le acompañaban en Burgos– me dan la lata en grande, con la salud y la enfermedad. (...) no me preocupa el tema: son las almas, lo que me preocupa: la mía también” (AVP, II, p. 274).

Veía muy clara la tarea que tenía por delante, como anota en sus *Apuntes íntimos* el 17 de enero de 1938: “Celebro por mí, sacerdote pecador, el Santo Sacrificio. Lo noto: ¡cuántos actos de Amor y de Fe! Y, en la acción de gracias, breve y distraída sin embargo, he visto cómo de mi Fe y de mi Amor: de mi penitencia, de mi oración y de mi actividad, depende en buena parte la perseverancia de los míos y, ahora, aun su vida terrena. ¡Bendita Cruz de la Obra, que llevamos mi Señor Jesús –¡Él!– y yo!” (*Apuntes íntimos*, n. 1493: AVP, II, p. 247).

Vivió una vida de intensa mortificación, penitencia y pobreza. Había hecho propósito de dormir cinco horas diarias –frecuentemente en el suelo– menos la noche del jueves al viernes, que no dormiría; se alimentaba muy frugalmente y a veces –cuando sus hijos no estaban– no comía, utilizaba una dura mortificación corporal y apenas gastaba nada en sí mismo. Esto

fue en ocasiones motivo de protestas cariñosas de sus hijos más jóvenes, descritas muy vivamente por Pedro Casciaro en sus recuerdos. San Josemaría pedía que le dejasen en paz, convencido de que su alma necesitaba todo eso.

Más dolorosas para él fueron otras circunstancias espirituales por las que atravesó en aquellas fechas, que le hicieron sentir unos hondos deseos de santidad y experimentar una profunda sequedad espiritual. Con motivo de su primer viaje desde Burgos, en enero de 1938, anotó: "(...) determino emprender un viaje algo pesado, pero necesario. Por mi gusto, me encerraría en un convento –¡solo! ¡solo!– hasta que acabara la guerra. Mucha hambre de soledad. Pero, no mi voluntad, sino la del Señor: y debo trabajar y fastidiarme, bien lejos del aislamiento. –Tengo también deseos grandes de marcharme de Burgos (...)” (*ibidem*, n. 1494, 17-I-1938: AVP, II, pp. 255-256).

Y el 10 de marzo de 1938: “No puedo hacer oración vocal. Me hace daño, casi físico, oír rezar en voz alta. Mi oración mental y toda mi vida interior es puro desorden. De esto hablé con el Obispo de Vitoria, y me tranquilizó” (*ibidem*, nn. 1566-1567: AVP, II, p. 260). Todo parece apuntar a que vivió una etapa de intensa purificación interior: “Me veo como un pobrecito, a quien su amo ha quitado la librea” (*ibidem*, n. 1567: p. 262).

En septiembre de 1938 marchó al Monasterio de Silos para hacer unos días de retiro espiritual. Allí escribió: “Llevo tres días de retiro... sin hacer nada. Terriblemente tentado. Me veo, no sólo incapaz de sacar la Obra adelante, sino incapaz de salvarme –¡pobre alma mía!– sin un milagro de la gracia. Estoy frío y –peor– como indiferente: igual que si fuera un espectador de «mi caso», a quien nada importara lo que contempla. No hago oración. ¿Serán estériles estos días? Y, sin embargo, mi Madre es mi Madre, y Jesús es –¿me atrevo?– ¡mi Jesús! Y hay bastantes almas santas, aho-

ra mismo, pidiendo por este pecador. ¡No lo entiendo! ¿Vendrá la enfermedad que me purifique?” (*ibidem*, n. 1588: AVP, II, p. 323).

6. Preparando nuevos tiempos

Entre los frutos de ese “llevar la cruz de la Obra con Él” estuvo su profunda fe en el porvenir de la empresa apostólica que Dios le había confiado, manifiesta en el balance que hizo en su segunda circular desde Burgos, de 9 de enero de 1939, que recogía el mejor resumen de aquellos meses:

“Se ha cumplido un año de nuestra llegada a Burgos, y es justo que tenga deseos –que pongo en práctica– de hablar con vosotros, para que, juntos hagamos un balance de nuestra actuación y señalemos el camino de la próxima labor.

Pero, antes quiero anticiparos en una palabra el resumen de mi pensamiento después de bien considerar las cosas en la presencia del Señor. Y esta palabra, que debe ser característica de vuestro ánimo para la recuperación de nuestras actividades ordinarias de apostolado, es *optimismo*.

Es verdad que la revolución comunista destruyó nuestro hogar y aventó los medios materiales, que habíamos logrado al cabo de tantos esfuerzos.

Verdad es también que, en apariencia, ha sufrido nuestra empresa sobrenatural la paralización de estos años de guerra. Y que la guerra ha sido la ocasión de la pérdida de algunos de vuestros hermanos...

A todo esto, os digo: que –si no nos apartamos del camino– los medios materiales nunca serán un problema que no podamos resolver fácilmente, con nuestro propio esfuerzo: que esta Obra de Dios se mueve, vive, tiene actividades fecundas, como el trigo que se sembró germina bajo la tierra helada: y que, los que flaquearon, quizá estaban perdidos antes de estos sucesos nacionales. (...)

¿Qué *ha hecho* el Señor, qué hemos hecho con su ayuda, durante el año que ha transcurrido? Se ha mejorado la disciplina de todos vosotros, innegablemente. Se está en contacto con toda la gente de San Rafael, que responde de ordinario mejor de lo que podíamos esperar. Se han hecho amistades que han de servir, sin prisa, a su hora, para la formación de centros de S. Gabriel. Los Prelados acogen con cariño la labor nuestra que pueden conocer. Y mil cosas pequeñas: petición de libros, hojas mensuales, ornamentos y objetos para el Oratorio y más: mayores posibilidades de proselitismo; conocimiento del ambiente de ciertas poblaciones, que facilitará la labor de S. Gabriel; amistad –con algunos honda– con bastantes catedráticos, a quienes antes no se trataba” (AVP, II, pp. 337-338).

En medio de la prueba de la guerra y de otras más hondas, difíciles o imposibles de relatar, san Josemaría había continuado con su fiel respuesta a Dios para hacer el Opus Dei: en lo que parecía objetivamente el mayor obstáculo para una expansión, él supo encontrar el momento para fundamentarla. Así lo resumía Mons. Javier Echevarría en unas palabras con ocasión de una visita a Burgos: “En esta antigua ciudad, durante varios meses, San Josemaría celebró a diario la Santa Misa, tiempo de su jornada en que se unía

más intensamente al Sacrificio de la Cruz, abrazado en aquellos años a duras privaciones y entregándose con generosidad a la oración y a la penitencia”, que fueron siempre el fundamento de su vida apostólica y de la expansión universal con la que soñaba (*Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 40 [2005], pp. 101-102).

Voces relacionadas: Camino (libro); Viajes apostólicos.

Bibliografía: AVP, II, pp. 227-343; Constantino ÁNCHEL - Federico M. REQUENA, “Epistolario entre san Josemaría Escrivá de Balaguer y el obispo de Ávila, Santos Moro Briz, durante la Guerra Civil española (enero de 1938-marzo de 1939)”, *SetD*, 1 (2007), pp. 287-325; Pedro CASCARI, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el Fundador, de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1994; María Jesús COMA, *El rumor del agua. Recorrido histórico de san Josemaría Escrivá en Burgos*, Burgos, Cobel Ediciones, 2010; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002; Federico M. REQUENA - Javier SESÉ, *Fuentes para la Historia del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002; Pedro RODRÍGUEZ, “El doctorado de san Josemaría en la Universidad de Madrid”, *SetD*, 2 (2008), pp. 13-103; www.sanjosemariaenburgos.net

Pablo PÉREZ LÓPEZ

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.